

SPANISH / ESPAÑOL

Una mala adición a la tecnología

by Madison Konski

El cuento *Baby H.P.* de Juan José Arreola demuestra las consecuencias del capitalismo. En este cuento, el baby H.P. es una tecnología nueva para crear electricidad a partir los movimientos de los niños. Juan José Arreola quiere demostrar que cuando somos codiciosos, haremos cualquier cosa.

El cuento es como una advertencia para el Baby H.P., cuando en realidad la tecnología no es tan buena como parece. El cuento dice: "Y ni siquiera perderá la paciencia ante una rabieta convulsiva, pensando en que es fuente generosa de energía" (Arreola). Normalmente, es malo que un niño tenga una rabieta. Pero en este caso, porque los humanos son codiciosos, no les preocupa disciplinar a su hijo. Esto demuestre que la codicia de capitalismo tiene un efecto en las relaciones entre un niño y su padre.

Otro ejemplo de esto es la muerte de algunos niños que usan la tecnología: "Los rumores de que algunos niños mueren electrocutados por la corriente que ellos mismos generan son completamente irresponsables" (Arreola). Por supuesto, la advertencia ignora las cosas malas de Baby H.P, pero el lector debe asumir que hay algo de verdad a los rumores. El hecho que el creador no toma estas situaciones en serio es muy malo. La tecnología puede matar a los niños y la gente no se preocupa porque todo lo que les importa es la economía. Esto demuestre que el sistema del capitalismo explotara a cualquiera no importa las consecuencias.

Cuando leímos este cuento en clase, la mayoría de mis compañeros pensó que la tecnología fue una idea buena. En mi opinión, el hecho que ellos están de acuerdo demuestra el problema con el capitalismo. Vivimos en una sociedad de capitalismo así no vemos nada malo. En realidad, muchas personas son explotados cada día, ya sea en fábricas en otros países o trabajos de oficina en nuestra ciudad. Si no tenemos cuidado, podríamos tener el próximo Baby H.P.

Madison Konski wrote this article for her SPAN 301 class during the fall of 2018

Mía

by Gabriela Cañizales-Ortiz

Un escalofrío aterrador recorrió su columna mientras se encontraba con los pies separados y la cabeza ladeada. La escopeta que sostenía en su mano y sobre su hombro era demasiado grande para su frágil y demacrado cuerpo. Su cabello, cubierto de sangre y barro, se pegaba a su frente, oscureciendo su ya poco confiable visión. El zumbido de los grillos la ponía nerviosa. Sudor se formó en su frente, cayendo lentamente en su boca, creando un sabor salado que hacía evidente su boca ya reseca. La idea de simplemente regresar a la decrepita choza, donde su saco de dormir yacía en el suelo, vaciló en su mente. ¿Sería su estilo de vida el buscar comida en la región deshabitada que había llamado hogar desde que tenía uso de razón peor? La paranoia que se cernía sobre ella mientras estaba descalza entre la vegetación llena de mosquitos. Imponentes árboles de hoja perenne se alzaban sobre su cabeza, con sus ramas entrelazadas para crear un dosel natural que bloqueaba casi por completo el tenue resplandor de la luna y las estrellas. El aire estaba cargado del olor terroso del musgo húmedo, y el ocasional ulular de un búho o el susurro de criaturas nocturnas engrosaban el ambiente enigmático del bosque. Los árboles la rodearon, creando sombras puntiagudas. Las únicas fuentes de luz eran los débiles rayos de su encendedor, que parecían desvanecerse en la negrura de la tiniebla a sólo unos metros más adelante. El suelo del bosque era un laberinto de raíces enredadas y hojas caídas que crujían bajo sus pies, creando una inquietante sinfonía que resonaba entre los árboles. Las sombras danzaban en la periferia de su visión, y cada susurro o chasquido de una ramita hacía que su corazón se acelerara. Tenía la sensación de que la estaban observando, de que ojos invisibles seguían cada uno de sus movimientos. De repente, un sonido débil e inidentificable resonó en el bosque. Podría haber sido el espeluznante gemido del viento o el grito

distante de algo carnal, pero le provocó escalofríos de nuevo. Su encendedor parpadeó, proyectando sombras aterradoras que parecían moverse independientemente de los árboles. La sensación de ser observada se intensificó y una sensación inquebrantable de temor se apoderó de ella. No pudo evitar de preguntarse qué la acechaba en la impenetrable oscuridad más allá de su débil rayo de luz.

No tenía miedo del bosque en sí, tenía miedo de que su detenedor la encontrara una vez más. Había estado bajo la atenta mirada del gran hombre desde su nacimiento, tenía miedo de irse. No quería tener que cuidarse la espalda por el resto de su vida. El hombretón, a quien ella llamaba "papá", le había dicho que la encontraría en todos lugares adonde ella fuera. "Eres mía y siempre me pertenecerás". Las palabras de su papá resonaron en su cabeza.

Esas palabras habían sido grabadas en su cráneo desde que pudo recordar. Quizás tenía razón. Estaba contaminada, ¿quién la amaría en el estado en el que se encontraba?

Miraba vacilante a su alrededor y la escopeta empujaba sus pequeños y callosos pies hacia la tierra fangosa. La idea de estar paranoica hasta que hubiera tomado su último aliento era demasiado para soportar. Su corazón comenzó a latir con fuerza en su pecho, su ritmo delataba su ansiedad. Una mano invisible le apretaba el corazón. Su respiración se aceleró, volviéndose superficial y errática. El sabor del metal llenó su boca, un sabor metálico que parecía adherirse a su lengua. Sus manos temblaban incontrolablemente, causando un ruido de traqueteo en la escopeta. Sus músculos se tensaron involuntariamente por la tensión constante. El tiempo parecía estirarse y deformarse, los minutos parecían horas. Luchó por tragar el nudo que tenía en la garganta, con la boca reseca como si le hubieran absorbido toda la humedad del aire.

Tal vez, sería mejor que dejara de pensar. Tal vez, solo había una solución.

Gabriela Cañizales-Ortiz wrote this article for her SPAN 407 class during the fall of 2024